

Casa Ciriaco

- ¡Ciriaco!, ¡Ciriaco! – una voz se elevó sobre el gentío.
- Si, Don Ramón.
- Tíreme otro vino, Ciriaco; me tiene seco.

Don Ramón alzó el vaso lleno y, en voz alta y ceremoniosa, exclamó:

- ¡Por Don Alfonso y Doña Eugenia! — y, volviéndose hacia Don Pío, añadió:
- ¡Don Pío, alce su copa y brinde con nosotros!

Don Pío miró de soslayo y respondió con un gesto despectivo de barbilla. Don Ramón apuró el vino de un trago y añadió:

- Disfrute del día, el Rey Niño ha alcanzado la mayoría de edad y se ha casado. Celebremos, pues.
- Celebre usted, Don Ramón. Yo celebraré en otra ocasión más propicia.

Varias voces se unieron a la riña, entre tragos de vino y platos de gallina en pepitoria.

Una tremenda explosión interrumpió las conversaciones, los cristales de las vidrieras estallaron, y mesas y taburetes saltaron por los aires. En un acto reflejo todos los presentes se agacharon y escondieron bajo los pocos muebles que aún quedaban en pie. De la calle Mayor irrumpieron a la carrera hombres y mujeres malheridos gritando:

- ¡El Rey! ¡Han matado al Rey!

Don Ramón se levantó y entre cristales rotos y cuerpos caídos avanzó hasta lo que quedaba de la puerta. Al aproximarse al umbral, un hombre estuvo a punto de arrollarlo. Don Ramón lo dejó pasar y lo observó dirigirse hacia la escalera. Dudando entre seguirlo o salir a la calle, un torrente de gente lo arrastró hacia el interior y lo derribó. La muchedumbre gritaba y se empujaba tratando de huir al interior de la taberna. Don Ramón se incorporó a medias, un trozo de cristal se le había clavado en el brazo de madera. Comprendió que salir sería imprudente, y al fijar la vista en el interior divisó al hombre que lo arrollara descendiendo por las escaleras hacia las cuevas.

Se levantó decidido a seguirlo y abriéndose paso entre el gentío alcanzó las escaleras. El hombre se dirigía hacia el fondo de la cueva donde se apilaban las botellas de vino y coñac. Mientras lo observaba, desde lo alto una mano se posó en su hombro llamando su atención.

- Don Alfonso y Doña Eugenia están vivos – Era Don Pío. Había perdido su boina y sus gafas tenían un cristal roto. - ¿Qué hace aquí? – Don Ramón señaló con la barbilla hacia abajo, donde el hombre se acercaba a uno de los portavelas anclados a la pared de ladrillo que iluminaban la cueva. – Déjelo – dijo tratando de tirar de Don Ramón hacia fuera. Este lo miró:

- Es él – dijo señalando al hombre que en ese momento trataba de esconder algo en el hueco de la pared que había dejado el portavelas.

- Lo sé – Don Pío miró hacia al hombre y volvió a agarrar el hombro de Don Ramón, esta vez ejerciendo mayor fuerza para llamar su atención.

- Llamaré a los alguaciles – Don Ramón busco los ojos de Don Pío tratando de mostrar determinación.

- No tome partido, Don Ramón, déjelo estar – Con su brazo de madera Don Ramón retiró la mano de Don Pío. Sus barbas casi se rozaban, los dos cuerpos permanecían inmóviles.

- Permítame pasar – Don Ramón hizo un gesto de avanzar sin demasiada confianza.

- La valentía luce bien en sus novelas, pero no se confunda Don Ramón, usted no es el Marqués de Bradomín.

- Don Pío, no podemos consentirlo.

- Si podemos. Su familia lo necesita.

- Ha atentado contra el Rey.

- El Rey está vivo.

El fugitivo se aproximó a las escaleras, pero al ver a los dos hombres en lo alto se detuvo. Don Pío lo miró y le hizo señas con la mano para que subiera. El fugitivo dudó. Don Ramón se giró y lo miró detenidamente, sopesando su decisión. Ajenos al caos reinante los tres hombres parecían calcular las consecuencias de sus próximos pasos. Por fin, Don Ramón habló:

- No irás muy lejos – y se apartó levemente para dejar paso.

Tras unos segundos de duda el fugitivo subió mientras Don Pío observaba el comedor de la taberna oteando la aparición de los alguaciles. El fugitivo se acercó a Don Ramón y se detuvo.

- No debería usted prestar su apoyo a esta monarquía que mercadea con el país.
- ¿Y a quién habría de apoyar? ¿A los asesinos salva patrias?
- Solo mediante la revolución podrá acabarse con este régimen corrupto.
- Si la revolución se trata de asesinar a inocentes, prefiero las corruptelas de la monarquía - Don Pío tiró del brazo del fugitivo.
- Mateo, no es momento de proselitismo – Mateo miró duramente a Don Ramón, después, caminó hacia la salida sorteando restos de maderas, mármoles y cristales rotos. Don Ramón, mientras seguía con la mirada a Mateo, carraspeó.
- Sabéis bien que no llegaré muy lejos.
- Lo sé, y el también.
- Entonces, ¿todo esto?
- Esta monarquía nos encamina hace tiempo a la ruina.
- Hay otras formas, Don Pío. El anarquismo solo traerá el caos a este país, que ya anda bastante revuelto.
- ¿Otras formas? ¿Las que nos brinda los generales? ¿Las de los políticos? Mientras ellos discuten el pueblo se muere de hambre.
- También hoy han muerto inocentes.
- Para hacer la revolución es necesario ensuciarse las manos. Cuando todo esto acabe, el pueblo será más libre.
- ¿De veras lo cree así, Don Pío? A veces pienso que este pueblo no desea ser libre.
- Puede ser Don Ramón, puede ser.

De pie, entre las mesas volcadas, observaron cómo los parroquianos recogían lo que podían y lanzaban miradas recelosas al umbral por donde empezaba a salir el gentío. Don Pío caminó lentamente hasta llegar a una de las mesas. La levantó, recogió dos sillas del suelo y ambos se sentaron a esperar. Tras unos minutos de silencio, Don Pío habló:

- ¿En qué trabaja ahora Don Ramón?

- Se sorprenderá Don Pío, pero la poesía me ha cautivado y me encuentro rimando versos – Los dos hombres se miraron y tras unos segundos, ambos sonrieron.
- El amor Don Ramón, es capaz de vencer incluso al mismísimo Marqués de Bradomín.
- No se inquiete Don Pío, el Marqués de Bradomín no dijo aún su última palabra.

- ¡Ciriaco!, ¡Ciriaco! – una voz se elevó sobre el ruido de los martillos - Avisa al jefe de obra, hemos encontrado algo.

Del interior del muro de ladrillo de la cueva un operario había sacado un pequeño fardo de papeles antiguos. El aparejador bajó las escaleras y se acercó al operario.

- ¿Dónde estaba? – le preguntó
- Escondido en una hornacina – El aparejador abrió el fardo dejando ver unas cartas deterioradas por el tiempo y la humedad. En la primera de ellas, con letra apenas legible, se podía entrever un texto: “Ni dioses, ni amos”. En la parte final del texto aparecía un nombre: Mateo Morral.